

Estoy a punto de describir una secuencia de sucesos indiscutibles. En algunos de los incidentes estuve presente, y el testimonio de los demás me ha llegado a través de una persona intachable y testigos confiables.

Soy un médico rural, habiendo ejercido en este único pueblo toda mi vida, como, de hecho, lo hizo mi padre antes que yo. Las personas aquí son agricultores, en su mayoría de ascendencia holandesa o alemana, con algunos polacos y lituanos. Aproximadamente a dos millas del pueblo, Hans Ludwig Brubaker tenía su granja. Esta sigue ahí y la trabajan unos parientes, pero Hans se ha ido. Nadie sabe definitivamente dónde. Solo podemos conjeturar.

Hans vivía solo. Su madre, que sobrevivió a Brubaker, murió en 1929 o 1930. El pueblo, naturalmente, asumió que pronto se casaría. Pero, por alguna oscura razón, no lo hizo, aunque mostró una decidida preferencia por una mujer joven.

Ahora bien, no hay forma de saber definitivamente cuándo comenzó la extraña progresión de eventos, pero sí puedo decir cómo empezó. Sé que, durante los primeros meses, Hans no sospechó nada fuera de lo común. Evidentemente, ignoró los pequeños indicios que conducían lentamente hacia el horror. Me contó, posiblemente hace tres meses, cómo había comenzado.

Al principio pensé que las ratas estaban peleando —explicó, con la risa incómoda y despreciativa de quien no espera que le crean—. Había un montón de ratas en el lugar; los gatos las mantenían a raya, pero siempre parecía haber más, arañando y chillando en las paredes.

La idea de que estuvieran peleando era extraña. Recuerdo que pensé que debía haber una rata enorme y espantosa alguna parte. Eventualmente la oí caminar por una viga transversal entre las paredes, suave y pesada. Y los gatos también la oyeron. Los miré durante unas semanas, fisqueando, emocionado por los chirridos en las paredes que parecían. Se me pasó por la cabeza la idea de que la grande era una asesina. Siempre que esa rata se oía en un lugar, el resto estaba en otro. Los ratones comenzaron a abandonar la casa para ir al establo. los gatos obtuvieron bastantes de ellos de esa manera.

Por entonces sucedió algo extraño. Un día noté una gata merodeando; blanca y bonita. Se quedó en el porche mientras yo alimentaba a mis propios gatos. Traté de

acariciarla y alimentarla, pero ella no se acercaba a mí y no comía; parecía interesada sólo en Peter, un gran gato tigre mío. Bueno, eso era natural, salvo que no comiera. Peter la miró un poco y esa noche se quedó fuera.

Nunca regresó. Y, desde esa noche, nunca más escuché a la rata grande en las paredes otra vez.

Ya sabes cómo son los gatos en una granja: se ganan el sustento y son una buena compañía. Siempre tuve siete u ocho, a veces hasta una docena de ellos. Y mis gatos comenzaron a desaparecer, uno por uno. En dos semanas solo quedaban un par. No podía entenderlo; recuerdo que empecé a pensar que alguien los estaba envenenando. Los dos que quedaban también parecían enfermos y asustados, como si supieran que algo andaba mal, y luego, un día, se fueron y nunca regresaron.

Incluso entonces no tenía ninguna sospecha, y durante bastante tiempo después de eso no noté nada raro. Pero comenzó de nuevo. Recuerdo que esa noche fue más fría. Debió ser alrededor del primero de noviembre. Tenía un fuego encendido. Era de noche y estaba sentado con los pies al calor de las llamas. Mis zapatos estaban puestos el piso del lado izquierdo de la silla, una gran silla Morris que está en la cocina; el fuego era agradable y cálido, las puertas estaban cerradas y yo fumaba mi pipa.

La casa estaba inmóvil, como muerta; uno de mis dos perros collie estaba afuera en alguna parte, y la otra, Nan, estaba acostada junto a la estufa a mi derecha, a unos treinta centímetros de mi silla, sumergida en el calor, durmiendo. Debían ser las nueve y media aproximadamente; ciertamente no fue más tarde que eso.

Disfruto esa última hora antes de irme a la cama; todo está hecho durante el día y puedo recostarme y descansar y pensar. Tenía todo arreglado para una comodidad sólida, el respaldo de la silla estaba bien colocado y mi pipa echaba humo. Mirando hacia atrás, ahora, y tratando de recordar, debí quedarme dormido por unos minutos. Olvidé si apagué mi pipa o no. De todos modos, después la encontré en el piso junto a la estufa. Sí, probablemente solo estaba durmiendo con la pipa colgando en mi mano.

Mi brazo derecho colgaba del brazo de la silla, flácido, y cuando comencé a salir de esa pequeña siesta, me agaché para acariciar al perro. Pero cuando desperté por completo me di cuenta de que había algo extraño en esa cosa bajo mi mano, al lado de mi silla. No se sentía como el lomo de un perro. Estaba a la distancia correcta del piso, pero no tenía pelo. Mi mano seguía moviéndose, pero con cierta repulsión creciente. Sentí que si presionaba mi mano hacia abajo podría meter mis dedos directamente en la cosa.

Todo esto tomó mucho menos tiempo que en la narración, tal vez tres o cuatro segundos.

Empecé a tener miedo. Me volví para mirar, y Dios sabe lo que esperaba ver, ciertamente nada como lo que había allí. Era una especie de sustancia viscosa, de aspecto transparente, sin forma alguna. Y estaba viva, no sé cómo lo supe. Pero estaba seguro incluso antes de mirar. Estaba viva, y una especie de brazo informe yacía sobre el lomo de la perra y le cubría la cabeza. Ella no se movió.

Supongo que entonces grité, doctor Kurt, y salté de la silla y alcancé el atizador. Esa cosa viscosa no se había movido, pero sabía que si quería podría moverse como un rayo. Era de aspecto pesado también; recuerdo haber pensado que debía pesar unos veinticinco kilos. Golpeé la cosa con el atizador, y rápido como pensaba, toda esa masa comenzó a deslizarse por el suelo, estirándose como lo hacen los gusanos, rezumando bajo la rendija debajo de la puerta que da al porche. Antes de que me diera cuenta, se había ido.

Miré a Nan. Ella no se había movido, y parecía dormida. La sacudí hasta que abrió los ojos. Y sus ojos parecían muertos...

Bueno, doctor Kurt, me creerá cuando le diga que no dormí esa noche. Me sorprendí escuchando ruidos, no es que supiera qué escuchar, excepto el sonido de esa cosa deslizándose de regreso a la casa nuevamente.

Peg no volvió en toda la noche. Eso fue extraño, porque por lo general se quedaba cerca. Era como si tuviera miedo. Recién la escuché volver al amanecer. Peg subió al porche y me alegré de escucharla. La dejé entrar rápido. Entonces vio a Nan.

Hizo una especie de aullido gracioso, y sus orejas se posaron contra su cabeza. Luego la atacó. La espuma comenzaba a salir de su boca, era como si, aunque estuviera tratando de matar a Nan, estuviera mortalmente asustada. No era agradable de ver.

Nan no se defendió. Se quedó allí tumbada, como si no supiera lo suficiente para intentar luchar o correr. Si no hubiera arrastrado a Peg, Nan habría estado muerta en un minuto. E incluso después de que yo hubiera dejado a Peg afuera, Nan no se movió mucho, solo se estremeció un poco, y ni siquiera lamió los lugares donde la sangre corría.

Entonces tuve que dispararle. Me enfermaba tener que hacerlo. Luego la arrastré fuera del porche trasero y fui al granero a ordeñar. No desayuné. Me sentía mal del estómago.

Después de que hube terminado los quehaceres del granero, tomé una pala y volví a la casa.

El cuerpo de Nan había desaparecido. No había ni rastro de ella, ni un hueso, ni un mechón de pelo, nada más que un lugar limpio y raspado en la hierba. Al principio

pensé que podría haber cometido un error; tal vez la había dejado al otro lado de la casa. Pero fui al porche delantero y Nan no estaba en ninguna parte.

Lo gracioso, doctor Kurt, es que de alguna manera sabía que sucedería tal como sucedió. Entonces no le dije nada a nadie. Solo miré y esperé. Y unas semanas más tarde la vi, doctor Kurt. Era Nan, pero no lo era. La vi alrededor del corral, y le silbé, distraído, y luego recordé que Nan estaba muerta. Pero se parecía a Nan, y supe que estaba esperando a que saliera Peg. Sabía que no era Nan, doctor Kurt, porque no vino cuando silbé.

Dos o tres veces esa semana vi a esa perra merodeando, y cada vez se veía más delgada y más débil. Y luego, después de unos días, desapareció. En una o dos semanas no pasó nada.

Entonces, un día, vi un perro extraño, un perro grande, merodeando. Y esa noche Peg desapareció. Ella nunca regresó.

Comencé a ver una especie de patrón en todo el asunto, doctor Kurt. Primero las ratas, luego los gatos, luego los perros. Me pregunté si luego sería el ganado, o tal vez la gente.

De repente, Hans hizo una pausa. No pronuncié una palabra, simplemente esperé, impasible. Eso le dio confianza, porque después de un momento continuó.

—Doctor Kurt, tan seguro como que estoy sentado aquí, ¡esa cosa ha pasado de animales a humanos!

—¿Humanos? —pregunté.

Hans asintió.

—Ha sucedido —dijo en voz baja—. Una tarde, hace tres semanas, estaba parado en el jardín. Tuvimos heladas fuertes casi todas las mañanas y noches. ¿Lo recuerda? Bueno, entonces vi a este chico extraño que venía por el camino. No tenía más de doce o trece años, y vestía prendas que parecía haberlas recogido en cualquier lugar. Lo miré y de inmediato supe que era un fugitivo.

»El muchacho, mientras caminaba, seguía mirando la casa, pero no se detuvo, simplemente pasó de largo, lentamente, mirando hacia atrás de vez en cuando. Bajé por el camino de entrada y casi lo llamé, pero no lo hice, fue como si algo dentro de mí dijera: No lo lloames, esa cosa que ves que no es un muchacho, es la Muerte. Ese era mi único pensamiento, doctor Kurt, estaba asustado y avergonzado también, tanto que fui

directo a la carretera con la idea de gritarle al chico. Entonces me miré los pies.

»¿Recuerda las heladas, doctor Kurt? Hacía suficiente frío para formar una buena capa de hielo sólido. Y había habido un deshielo durante un par de días antes. Bueno, esa cosa fangosa en la carretera se había congelado, no lo suficiente como para soportar el peso de un caballo o una vaca, pero sí el de un hombre, porque cuando caminaba sobre ella no se agrietaba ni se rompía excepto una vez de cada cinco o seis pasos. Pero donde ese muchacho había caminado, el hielo se rompía a cada paso, ¡y parecía no pesar más de la mitad de lo que yo pesaba!

»Miré esas huellas, doctor Kurt, y luego me di la vuelta y caminé hacia la casa. Entonces supe que la cosa había regresado. Tal vez mi casa era su hogar; tal vez porque todo comenzó allí. Le gusta volver.

»Quería decirlo entonces, pero no me atrevía; tenía miedo de que la gente se riera. Pero lo voy a decir ahora, porque hace dos días el chico Peterson desapareció y no ha regresado. ¡Nunca volverá! Es parte de eso que empezó en mis paredes, con las ratas.»

Hans dejó de hablar. Sabía que no tenía nada más que contar. La habitación estaba extrañamente silenciosa. En ese momento preguntó:

—¿Qué se puede hacer al respecto?

No supe que decir. Pero sentí que debía decir algo, intentarlo al menos, calmar los nervios del hombre.

—Vete a casa —le aconsejé finalmente—. Duerme bien por la noche y vuelve mañana. Lo habré meditado para entonces.

Esa noche me senté hasta tarde, reflexionando sobre la historia que Hans me había contado. Quizás, en ese momento, casi le creí. Y por la mañana, como esperaba, regresó.

Todo parecía mucho más imposible a la luz brillante de la mañana de lo que había parecido la noche anterior. Me aferré a la idea de que, aunque podría estar pasando algo extremadamente extraño, la explicación podría llegar, en este momento, por sí misma, de una manera puramente práctica. En efecto, eso es lo que le dije a Brubaker.

Hans se fue decepcionado, casi enojado. Y no más de veinte minutos después, Hilda Lang entró en mi despacho. Parecía extraordinariamente perturbada.

—Doctor Kurt —comenzó abruptamente—, ¿cree que Hans está loco?

—¿Por qué lo preguntas?

Hablar con ella era diferente. Era una mujer joven y hermosa, alta, de cintura larga, miembros delgados, ojos azules claros, cabello amarillo y una piel gloriosamente clara. Había algo imperiosamente exigente en ella, y eso me molestó.

Ella me miró. Luego hizo un gesto curioso e impaciente.

—Oh, no finja. Sé que Hans vino a verlo ayer con una historia. Me ha contado las mismas cosa. ¿Cree que está loco?

Negué con la cabeza.

—No te preocupes por eso, Hilda. Hans no está loco. Puede que lo engañen, incluso puede que se esté engañando a sí mismo; pero está cuerdo.

Hilda suspiró aliviada.

—Gracias a Dios por eso. Estaba preocupada —entonces, cuando un pensamiento nuevo y repentino la golpeó, se inclinó tensamente hacia adelante—. ¡Pero si él está cuerdo, su historia es verdadera!

Ella hizo una pausa. No dije nada.

—Me voy a casar con él —dijo abruptamente—. Él ha tenido miedo de esto durante bastante tiempo. Si no hay nada en eso, no debería separarnos. Y si está en peligro, dos personas en esa casa solitaria son mejores que una.

Esperé mucho tiempo, mientras la habitación permanecía en silencio, antes de responder.

—¿Entonces crees en este peligro?

—Sí. Como creo en Hans, creo en ello.

Y, al poco tiempo, se fue.

Durante el resto de la semana seguí con mi rutina habitual. Hans, por supuesto, no regresó. Pero supe que de repente se casó con Hilda y que vivían en la granja Brubaker. Uno o dos días después fui a verlos. Hans estaba trabajando en la parte trasera de la casa mientras yo conducía hacia el patio. Se enderezó lentamente, dejó las herramientas y caminó hacia el auto. Parecía cansado, como si no hubiera dormido bien.

Apagando el motor, me bajé del coche. Luego, mientras estaba cerca de él, Hans susurró con voz ronca:

—Aquí hay peligro, doctor Kurt, puedo sentirlo. He visto cosas que no le he contado. Quiero vender el lugar e irme donde sea seguro. Pero Hilda se ríe, no ha visto las cosas que yo he visto.

—¿Qué has visto? —pregunté. Él me miró ansiosamente—. Venga a la casa esta noche, después de que Hilda se haya ido a la cama —susurró.

Asentí. Luego llegamos a la puerta de la cocina y allí estaba Hilda, sonriente, hermosa en su alta y fuerte justicia, dándome la bienvenida a su casa.

Esa noche, a las once en punto, volví por el camino lleno de baches que conducía a la granja Brubaker. Estaba abismalmente oscuro, pero no hacía frío. Recuerdo haber pensado que podría nevar antes de la mañana. Mucho antes de llegar pude ver dos pequeñas luces amarillas en la parte trasera: la cocina y el dormitorio. Pasé por delante a unos cien metros, aparqué el coche junto a la carretera y regresé a la casa a pie.

No miré mi reloj; así que no sé cuánto tiempo estuve afuera en el camino de entrada. Esperar así parece interminable, lo sé. Y, obviamente, no podía entrar hasta que Hilda se durmiera.

Por fin se apagaron ambas luces, casi al mismo tiempo, y en unos minutos, la luz de la cocina volvió a encenderse. Caminé suavemente hacia la puerta trasera y llamé.

Hans me dejó entrar de inmediato. Entré en la cocina, mis ojos ligeramente deslumbrados por el brillo del interior, y no fue hasta que me senté cómodamente junto a la mesa que noté, con un sobresalto, lo que Hans estaba haciendo.

¡Estaba sellando la puerta del dormitorio de la cocina con cera, haciendo que el pasillo entre las dos habitaciones estuviera herméticamente cerrado! Trabajó con la rapidez de quien hace una tarea que ha realizado antes. En ese momento había sellado la puerta en su totalidad. Luego puso el resto de la masa de cera en un trozo de papel marrón y lo escondió cuidadosamente. Cruzó la habitación y se sentó cerca de mí. Hablamos en susurros.

—Estoy aprendiendo, todo el tiempo, lo que la cosa puede hacer —dijo—. Volvió hace tres días. Pero estoy cansado, cansado hasta la muerte. No he dormido.

Lo miré, el color rojizo, inyectado en sangre de sus ojos, sus mejillas hundidas.

—¿Por qué no duermes ahora? —sugerí—. Yo vigilaré.

Me miró ansiosamente.

—No puede entrar a menos que estés durmiendo, o a menos que lo invites a entrar. Eso lo he aprendido. Pero si pasa algo, ¡despiérteme!

Asentí.

—Todo estará bien. No te preocupes.

Agotado, se recostó y cerró los ojos. Se quedó dormido casi de inmediato.

Afuera había comenzado a nevar y los copos suaves y pesados producían un susurro constante contra la ventana. Noté que estaba cerrada con clavos y las grietas estaban rellenas con masilla y pintadas. Salí impulsivamente y miré las ventanas del dormitorio. Ellas también estaban clavadas y con masilla, y vi que toda la parte trasera de la casa había sido recién pintada.

—Tiene esas dos habitaciones herméticamente selladas —pensé.

De vuelta en la cocina, recordé, incómodo, que se suponía que debía estar de guardia. Pero no pasó nada. Hans todavía dormía, el fuego todavía ardía suavemente, la nieve se deslizaba y se desprendía del cristal de la ventana. Y entonces, abruptamente, toda la calma con la que me había rodeado, mi sensación de seguridad, se desvaneció como si nunca hubiera existido. No es que haya ocurrido ningún acontecimiento físico. No hubo nada en ese sentido. Pero hubo una repentina y profunda comprensión de que alguna fuerza poderosa y maligna había centrado toda su atención en la casa.

Me incorporé bruscamente y caminé hacia la puerta, donde me quedé escuchando. No había ningún sonido del exterior, y la nieve seguía cayendo de manera constante. Esperé, quizás cinco minutos. Y aún persistía esa terrible conciencia de alguna fuerza horrible que se cernía sobre la casa, inminente. Luego abrí la puerta de par en par y salí al porche trasero. Pero no había nada ahí.

Regresé a la cocina. Y entonces vi, fugazmente, algo moverse en la ventana de la cocina.

La ventana estaba más allá de la mesa, más allá de la luz, más allá de la figura dormida de Hans. Estaba grisácea por el constante roce de los dedos de la nieve. Y me pareció que, por un segundo, vi algo deslizándose por el cristal de la ventana, algo que se pegaba al cristal como una gelatina incolora, casi como una ola de espuma acuosa, casi como una nada que se movía pesadamente por la ventana y desaparecía debajo del umbral.

El destello, o la visión, fuera lo que fuera, era fragmentaria. Recuerdo que pensé, incluso mientras cruzaba el piso hacia la ventana para mirar hacia afuera, que bien podría ser una ilusión. Pero cuando llegué a la ventana me detuve, reflexionando.

La nieve se había limpiado del alféizar mejor de lo que podría haberse hecho con una escoba. Y me di cuenta de que aquí por fin había evidencia, evidencia física, de que algo había presionado sobre el alféizar, hace unos momentos, porque aún podía contar los copos mientras caían espesos sobre la madera todavía desnuda.

Moviendo los labios inconscientemente mientras pronunciaba palabras silenciosas, me quedé allí de pie, mirando la nieve crujiendo sobre el alféizar hasta que la madera volvió a estar ininterrumpidamente revestida de blanco. ¡Algo había barrido la nieve!

Salí de nuevo. Miré hacia abajo y, a mis pies, la nieve había sido compactada. Y, alejándome de la casa por una distancia corta, vi una pista bien marcada, como la que se podría hacer al hacer rodar una pelota grande. ¡Y más allá del rectángulo de luz que la ventana dejaba caer en la penumbra nevada, ese rastro se convirtió en un rastro de huellas humanas!

Entonces mi coraje me abandonó. Solo quedaba un pensamiento en mi mente, volver a esa casa lo más rápido que pudiera. Regresé a la cocina de inmediato.

Hans estaba despierto. El aire frío de la puerta abierta lo había despertado. Me miró, al principio sin comprender, luego alerta, y vi que sabía, bastante bien, lo que había sucedido. Se sentó, estirando los músculos rígidos por dormir medio erguido en una silla.

—¿Alguien vino a la puerta? —preguntó.

Negué con la cabeza, señalando la ventana.

—Había una especie de niebla gris contra la ventana. Sólo duró un momento. Salí. Hay huellas en la nieve.

Hans me miró con extrañeza.

—¿Huellas sin forma o huellas humanas?

Mi voz fue áspera y aguda cuando respondí:

—¡Ambas!

A medida que el día se aclaraba lentamente, Hans quitó la moldura de cera de la puerta del dormitorio, la moldeó entre sus manos y la pegó al bulto detrás de la caja

de madera. Salí de la casa antes de que Hilda se despertara y regresé al pueblo.

Al anochecer, conduje mi coche de nuevo hasta el patio de Brubaker y caminé hacia la casa. Al entrar me di cuenta de inmediato de que Hans le había contado todo a Hilda. Estampada en los rostros y grabada en el discurso tanto del esposo como de la esposa, estaba la determinación de luchar contra lo que amenazaba su hogar.

Hilda —¡muchacha valiente!— trajo un juego de cartas, pero antes de que pudiéramos sentarnos a jugar se produjo una interrupción. Un coche avanzó por el camino de entrada, se detuvo junto a la casa y entró un granjero, un hombre llamado Brandt, que vivía cerca. Sacudió la cabeza cuando Hans le pidió que se sentara.

—¡Mi Bertha! —tartamudeó ansiosamente— ¿La han visto por aquí?

Sentí un cosquilleo de miedo.

—¡Se ha ido! Se ha escapado con ese católico irlandés, Fagan. Se lo prohibí, pero ella me dijo: ¡Me escaparé, papá! Y ahora lo ha hecho. Se ha ido. Pero, ¿caminó hasta la ciudad? ¿Dos millas?

—Es una mala noche —dijo Hilda con reserva.

—Creo que si preguntas en las casas a lo largo de la carretera, probablemente la encontrarás —dije.

En ese momento, el hombre salió.

—¿Crees que fue... eso? —preguntó Hans cuando se hubo ido.

Negué con la cabeza. Estaba perfectamente claro lo que había sucedido.

Empezamos a jugar a las cartas. Y no ocurrió nada fuera de lo común. La influencia maligna parecía haber desaparecido de los alrededores, la casa parecía más acogedora y pacífica que de costumbre, y de vez en cuando me sorprendía preguntándome si, después de todo, no estaría actuando como un tonto.

La noche siguiente tampoco pasó nada. Hans, con su conocimiento de primera mano de la cosa, sugirió que se había alimentado en otra parte, y que habría un período de inactividad. Sintiendo que estaba descuidando mi práctica, me mantuve alejado de la granja durante unos días. Pero, a última hora de la tarde del sábado, encontré una nota de Hans.

—Ha vuelto —había escrito.

Después de la cena tomé mi coche y me dirigí a la granja. Había habido un fuerte deshielo que se había mantenido durante varios días, las carreteras eran meras cintas de barro y hielo sucio.

Tanto marido como mujer parecían inhumanamente cansados. Noté que Hans no se había afeitado en dos o tres días.

—No queríamos molestarlo —dijo—. Hemos dormido un poco, durante el día, turnándonos. Pero incluso de día podemos sentir la cosa cerca de la casa. Y estamos muertos de cansancio.

—Tome asiento en silencio —dijo Hilda en voz baja—, y lo sentirá.

Me senté como ella me había pedido y pude sentir el mismo horror reptante que había conocido antes. Miré a los demás.

—Sí, puedo sentirlo. Pero Hans, Hilda, están completamente agotados. Acuéstense y descansen un poco. Yo vigilaré.

Hans asintió con entusiasmo hacia Hilda.

—Acuéstate y trata de dormir, cariño. El doctor Kurt se sentará conmigo. Será seguro.

Hilda se puso de pie, insegura, y entró en el dormitorio. Serví medio vaso de brandy, lo diluí con agua e hice que Hans bebiera. El licor pareció fortalecerlo y hablé.

—Podemos vencer a esta cosa de dos maneras, Hans. Lo sabemos: es una masa de células vivas y muertas controladas por una entidad maligna inmortal. Los pueblos eslavos estaban en lo correcto cuando atrapaban a sus vampiros en su ataúdes y clavaban estacas en sus corazones. Lo que realmente no entendieron es la naturaleza del ser que combatían. Debido a que la cosa es mitad física, tiene, hasta cierto punto, limitaciones físicas. Debe dormir. Al parecer, un ataúd puede ser lo suficientemente fuerte como para resistir su fuerza física. La estaca que atravesaba el corazón no significaba nada. Era el hermético ataúd el que hacía el trabajo. Con el tiempo, su sustancia física moría lentamente, su espíritu se quedó sin hogar.

»Ahora sabemos que esta entidad se siente fuertemente atraída por esta vecindad en particular. Con el transcurso del tiempo encontrará un lugar permanente donde pueda dormir, un barril, tal vez, o una cisterna, o un baúl viejo, o incluso un ataúd, si hay tal cosa disponible, y si podemos encontrar ese escondite y, mientras la cosa está adentro, sellar su receptáculo herméticamente, lo habremos vencido.

»Hay otra forma de vencer a la cosa, Hans: invitándola a ocupar un cuerpo. La entidad lo intentará, Hans, porque no sabe nada del miedo. Entonces, si la voluntad del

hombre es mayor, el hombre ganará. De lo contrario la cosa lo absorberá, seguirá creciendo y él dejará de existir.»

Los ojos de Hans estaban cerrados, pero cuando dejé de hablar, se despertó lo suficiente como para murmurar:

—Me estoy... durmiendo —entonces su cabeza se inclinó pesadamente hacia adelante.

Sin prisa, abrí un libro y comencé a leer. Se avecinaba una noche de vigilia.

Las horas pasaron lentamente. Podía escuchar a Hilda a través de la puerta entreabierta del dormitorio, respirando lenta y profundamente; Hans, a mi lado, roncaba irregularmente.

Eran cerca de las tres cuando escuché pasos chapoteando en el camino de entrada, pasando por detrás de la casa, vacilando, subiendo lentamente los escalones; y luego un golpe.

Ahora, mirando hacia atrás, creo que en ese momento tenía un miedo terrible, a pesar de que había un revólver sobre la mesa y ciertamente no tenía miedo de que la cosa se acercara a la casa de esa manera. Con el cuerpo helado de miedo, abrí la puerta. Y luego exclamé con alivio, porque afuera, en el porche, sucia de barro y lodo, estaba Bertha Brandt, de dieciocho años. Llevaba un abrigo sucio. Cuando me vio, se apartó de la puerta.

—¡Bertha, pobre chica! Entra, sécate y dime qué pasa.

Noté que miraba a Hans con curiosidad.

—Ha habido una enfermedad —expliqué apresuradamente—. Nada grave, Hans ha estado despierto dos o tres noches —la miré directamente—. ¡Así que has vuelto!

Ella me miró tímidamente.

—¿Sabe entonces que me escapé?

—Sí, lo sabía, pero ven aquí, siéntate junto al fuego. Allí, quítate el abrigo.

De repente, por alguna razón inexplicable, recordé por qué estaba allí a las tres de la mañana; recordé todo lo que Hans me había dicho sobre el extraño gato blanco, sobre el perro que se parecía a Nan, sobre el chico que había vagado por la calle. Me reí, entonces, de todas esas tonterías.

—Esta es Bertha —me dije a mí mismo—. Es la misma chica de siempre, solo que

empapada y un poco cansada.

Y, casi imitando mis pensamientos, Bertha dijo:

—¿Podría acostarme al lado de Hilda? No me atrevo a ir a casa esta noche... ¡No me atrevo!

Estaba dando vueltas alrededor de la estufa de espaldas a la chica, tratando de calentarme con un poco de café.

—¿Acostarte al lado de Hilda? —dije distraídamente—. En un minuto... en un minuto.

Fui al armario de la esquina y encontré una taza y un plato. Luego serví el café, lo cargué abundantemente con leche y azúcar y me volví hacia Bertha. Ella no estaba en la habitación.

—¿Berta? —llamé suavemente.

La sensación de escalofrío y frío había comenzado de nuevo en la base de mi columna. Para mi inexpresable alivio, su voz respondió desde el dormitorio.

—Aquí, doctor Kurt. ¡Estoy tan cansada!

—Ven y toma tu café. Luego puedes recostarte y descansar. Lo que necesitas ahora es comida.

—Lo sé —respondió lentamente—. Pero estoy tan cansada. Y dijo que en un minuto podría acostarme con Hilda. Ha pasado un minuto.

Comencé a impacientarme.

—No debes acostarte en la cama de Hilda mientras estás sucia. Tendrás que lavarte primero.

Hubo una pequeña pausa. Entonces la voz respondió:

—A Hilda no le importará. Hilda está dormida. Hilda está profundamente dormida.

Fui a la puerta y me quedé allí, mitad en penumbras. Podía ver las figuras de las dos mujeres acostadas en la cama, juntas, casi, me dijo mi imaginación, fundiéndose.

—Ven, Bertha —dije suavemente—. Estás ensuciando la cama de Hilda.

No hubo respuesta. A medida que mis ojos se fueron acostumbrando a la penumbra,

pude ver que allí, en la cama, ya no había dos mujeres. Los dos cuerpos se apretaban juntos como horribles siameses, disolviéndose en uno solo.

Mi corazón, en ese instante, se congeló como un trozo de hielo. De alguna manera, con todo mi cuerpo temblando horriblemente, salté a través de la habitación a medio oscurecer, me arrodillé en la cama y clavé mis dedos frenéticos en la cosa que se había parecido a Bertha y que ahora estaba disolviendo a la mujer como lo haría un ácido poderoso.

Mis dedos, debajo de la ropa embarrada y andrajosa, se hundieron profundamente, no en la carne firme de una niña viva, ¡sino en una masa flexible de limo protoplásmico!

Entonces grité. Y, mientras luchaba y desgarraba esa masa flácida y gelatinosa, grité una y otra vez como un loco, sin escuchar mi propia voz.

Era como tratar de agarrar algo que no se podía agarrar. El material, debajo de las prendas, corría como agua en una bolsa. Noté que la cosa estaba renunciando lentamente a la pretensión de tener forma humana. El rostro estaba cambiando, las manos y los brazos y los contornos del cuerpo se estaban disolviendo. Y, en el último segundo antes de que se derritiera en un limo informe, de esa boca que se desvanecía salió la voz de Bertha Brandt, gritando:

—¡No lo hice, doctor Kurt! ¡No lo hice!

Entonces la cosa era solo una masa de gelatina, todavía adherida como una sanguijuela incolora y repugnante a la espalda y los hombros de Hilda. Mi cuerpo se encogió, agarré los brazos de Hilda y la tiré de la cama al suelo.

Volví a gritar, porque de Hilda sólo quedaba medio cuerpo; su columna vertebral estaba desnuda, sus costillas curvadas estaban desnudas, su cráneo abierto, sus entrañas caían sobre la alfombra sucia; era como un matadero en el infierno.

De repente, la luz que entraba por la puerta se atenuó y vi a Hans allí, con la pistola en la mano. Vi las llamas rojas que brotaban y escuché el estruendo de los disparos. Vi que la masa pulposa de la cama se sacudía y temblaba cuando cada bala la atravesaba. Luego se hizo el silencio, pero a través de la neblina del humo vi que la masa protoplásmica goteaba lentamente de la cama y se deslizaba por el suelo hacia la horrible ruina que una vez había sido una mujer. Sobre mis manos y rodillas traté de empujarla hacia atrás, recogiénola mientras, despreocupadamente, la cosa fluía por el suelo, entre mis dedos, y nuevamente se sujetaba a Hilda.

Hans estaba arrodillado a mi lado. Pero no pudimos mantenerlo alejado de la mujer muerta, no fue posible.

Entonces, de repente, Hans se puso de pie. Su rostro estaba espantosamente blanco, como el de un hombre muerto. Sin mirar atrás, dejó el cadáver, con esa cosa horrible todavía arrastrándose sobre ella, y salió de la habitación a la cocina. Allí sacó un poco de cera y la calentó sobre la estufa, y metódicamente; selló las grietas en la puerta de la cocina, que dan al porche.

Cuando hubo terminado, hizo un amplio gesto que incluía la cocina y el dormitorio.

—Un ataúd, doctor Kurt —dijo lentamente—. He hecho un ataúd de estas habitaciones y sellado la cosa en él. Cuando es limo, no puede escapar. Y cuando tiene la forma de un ser humano, podemos combatirlo, de modo que no pueda desbloquear la puerta.

Luego volvió al dormitorio. Y, lentamente, lo seguí.

Habíamos estado en la cocina solo unos minutos, pero en esos minutos el horror había terminado su espantoso trabajo. De Hilda no quedó nada; sólo una montón de ropa flácida. Y, acurrucada en ella, brillaba un gran montículo de materia acuosa, gelatinosa, temblorosa débilmente, alerta, viva.

Entonces vi que Hans había traído fósforos y tiras de periódico. Mientras lo observaba, retorció el papel, lo encendió y hundió la llama en el glóbulo de vida incolora en el suelo.

La cosa se estremeció, se retorció, y se deslizó rápidamente por el suelo. Mientras trataba de escapar, Hans, con los ojos atentos y las mandíbulas sin afeitar sombrías, lo siguió por la habitación, siempre manteniendo las antorchas de papel en llamas presionadas contra la cosa impía que se encogía. El aire se estaba volviendo denso con un humo rancio y el olor a carne quemada llenaba la habitación. Tropezando, sollozando, juntos atacamos el horror. Aquí y allá, en el suelo y la alfombra se veían manchas marrones y carbonizadas. Los intentos silenciosos y deslizantes de la cosa por escapar fueron, de alguna manera, más terribles que si hubiera gritado de agonía. El humo de la habitación se había convertido en una neblina espesa.

Y luego la cosa pareció cobrar un propósito. Rodó rápidamente por el suelo del dormitorio, se detuvo sobre la pila desaliñada de ropa que había usado Hilda y, cuando nos detuvimos para ver nuevos derrames, cambió.

Se erguía como podría brotar una fuente. Extendió los brazos, desarrolló los senos, se cubrió de color. En el tiempo que podría tomar respirar profundamente, la cosa se había desvanecido y algo que sabíamos que era la misma entidad espantosa, ahora se veía como Hilda en vida, desnuda en medio de la ropa revuelta. Rápidamente, la entidad, porque no puedo llamarla por el nombre de Hilda, se inclinó y se puso la falda y la blusa. Luego, descalza y sin medias, entró en la cocina.

Como un hombre que despierta de un sueño, Hans saltó ante la puerta y sostuvo una pequeña antorcha de papel.

La cosa habló, y la voz era la voz de Hilda.

—Quiero salir, Hans —se movió ligeramente hacia adelante.

Hans, con el rostro arrugado, casi irreconocible, empujó el papel ardiente ante él amenazadoramente.

—Nunca saldrás de esta casa. ¡Te vamos a quemar!

La cosa que parecía y hablaba como Hilda negó con la cabeza, y jadeó al ver las onduladas y finas trenzas rubias brillar con el gesto. Y sonrió.

—Soy una prisionera, Hans. Quieres destruir lo que me retiene, pero no quieres quemarme hasta la muerte. Porque todavía no he sufrido, excepto por tu fuego. ¡Soy Hilda, Hans!

Entonces Hans preguntó con voz ronca, y vi que el fuego le quemaba los dedos:

—¿Cómo puedo saber que no mientes?

La cosa sonrió.

—No puedes saberlo, Hans. Pero si me destruyes, Hilda sufrirá. ¡Déjame ir!

Entonces Hans negó con la cabeza.

—No. Nos quedaremos aquí hasta que te mueras de hambre, hasta que te pudras en la nada.

Vino la respuesta inexorable:

—Mientras yo sufra, Hilda sufrirá. Mientras yo muera de hambre, ella morirá.

Hans me miró y pude ver que se estaba inclinando hacia la vacilación.

—Entonces, por Dios, doctor Kurt, ¡intentaré lo que conversamos!

Miró a la entidad, a la cosa que se parecía a Hilda.

—Ven, Hilda —dijo simplemente—. Si estás prisionera en esa cosa que tengo delante, escúchame. Quiero unirme a ti, a Bertha y a Nan, y sólo Dios sabe qué otras

desafortunadas criaturas con alma han sido vencidas. Pero no me rendiré ni seré derrotado por la astucia. Que venga la cosa e intente someterme. Y ayúdame, Hilda y Bertha y todos los demás, ayúdenme.

Se quedó parado frente a la puerta con los brazos extendidos y el cuerpo rígido. Y luego el horror que parecía Hilda avanzó. Con una sonrisa en los labios, se acercó más y más a él, lo tocó, se envolvió en sus brazos, los labios tocando los labios. Y los fuertes brazos de Hans se flexionaron y, a su vez, la abrazó, con una sonrisa en su rostro dulcemente hermoso. Y mientras estaban allí, el hombre y el ser cuya naturaleza misma sigue siendo una pregunta sin respuesta, oré como nunca antes había orado, oré para que el bien venciera al mal.

Durante minutos que parecieron horas permanecieron allí, inmóviles. Suavemente, di un paso hacia adelante y pude vislumbrar los ojos de la cosa. Y me sentí reconfortado, porque me pareció leer en ellos algo de humanidad que no podría haberles llegado a través de la astucia. Sentí que en verdad aquellos otros que habían sido engullidos luchaban del lado del hombre.

Y, mientras observaba, el horror pareció volverse cada vez más frágil, más débil, lentamente al principio, y luego más y más rápido, mientras, ante mis ojos, la apariencia de Hilda se desvanecía en la nada y solo Hans permanecía, sosteniendo fuertemente entre sus brazos un falda y una blusa arrugadas.

Durante largos minutos Hans no se movió, y sentí que todavía se producía una metamorfosis, algún cambio invisible a los ojos humanos.

Pero al fin se movió y, mirando el bulto de ropa en sus brazos como lo haría un sonámbulo, lo acarició tiernamente y lo dejó suavemente sobre la mesa.

Por fin me habló, y su voz era la del hombre que yo había conocido, pero inconmensurablemente más hermosa, inconmensurablemente más fuerte.

—Trabajamos juntos, luchamos juntos, Hilda y Bertha y esos niños desafortunados, y Nan, y también usted, doctor Kurt. Hemos ganado.

Caminó hasta el centro de la habitación y vi que las robustas tablas cedían bajo su peso.

—Y, sin embargo, puedo sentir la cosa dentro de mí, como una llama diabólica que me comería si pudiera. Está en mí, y creo que no puede escapar. Rezo para que nunca me venza y escape.

Luego me miró pensativo.

—A los ojos de la ciudad, doctor Kurt, hay un misterio aquí. Hilda se ha ido, y Bertha y el chico Peterson. Así que debe ir a su casa, debe decir que me ha estado visitando y que estoy loco. En cuanto a mí, dejaré una nota y me iré. Y la gente creerá que soy un asesino y que he escapado.

Incliné la cabeza en silencio. Era cierto. Debía irse. El mundo lo creería un maníaco asesino.

Durante mucho tiempo no hablé, sino que se quedó allí en silencio, con la cabeza hundida en el pecho, mientras pensaba. Luego dijo:

—Te acompañaré hasta el auto. Te agradezco, todos te agradecemos, por lo que has hecho. Probablemente nunca te volveré a ver.

Me sacó de la casa. Luego me senté en el coche, con el motor en marcha mientras Hans estaba parado frente a mí en la nieve húmeda. Extendió su mano.

—¡Adiós!

—Adiós —dije tontamente.

Y, mientras aún estaba allí en la nieve junto a la casa, me fui.

Así es como nuestro pueblo cree que Hans es un asesino sanguinario y que, temiendo ser descubierto, escapó misteriosamente. Solo yo conozco la verdad, y la verdad me pesa mucho. Por eso he comenzado a preparar un registro de los verdaderos acontecimientos en el caso Brubaker, y pronto me encargará de que se presente ante las autoridades correspondientes.

Mientras tanto me pregunto: ¿dónde está, y qué es Hans?